

## La biografía de Marcel Proust

Escribe: ALFONSO HANSSEN

“El día 26 de septiembre, Mme. Proust murió. Y, súbitamente, el tiempo quedó perdido”... En la conciencia de Marcel no quedó sino una imagen desvanecida de la madre, una especie de sombra a punto de perderse en el retorcimiento de sus propios dolores. Renacería en cada momento de su obra, igualmente que los campaniles y las magdalenas.

A partir de este momento, Marcel pretenderá expulsar de su intimidad corporal la añagaza de los sentimientos maternos y de los espasmos ambiguos. Pero solo para transarse en una tregua que habrá de permitirle existencialmente una recuperación justa: una elaboración de su obra para volver al origen del tiempo desde sí.

Se internará en la soledad de sus habitaciones y concebirá un mundo de intimidad. Y allí sabrá que todo cuanto la vida le ofrecía estaba más lejos cada vez para él. Escribirá a su amigo Reynaldo Hahn: “la moraleja es que todas las desdichas de los hombres derivan de su incapacidad de vivir aislados en una habitación”.

Marcel Proust se ha hundido en una profunda reflexión sobre el universo. Ha confundido los colores definidos de su imaginación, los personajes cabales y la locura del paisaje en la fuerza de un pastiche impresionista. Y, de la ocultez esbozada audazmente por la mocedad de los años lejanos del *Jean Stan-teuil*, emergerá una nueva estancia significativa, que oculta-

rá para siempre los reflejos insistentes de la parodia: no será ya más el polemista crítico y el enamorado infeliz de los largos períodos dedicados a Ruskin.

Ahora, los contornos de las imágenes tendrán una luz exuberante; una tensión precisa de corriente que animará la salvación. Y que medirá el mitigar del tedio, aposentado en él junto a los algodones y los alcoholes para el asma.

El tiempo de ayer y el presente lo reconstruirá Painter ("Marcel Proust", George D. Painter, Edit. Lumen, Barcelona) en su espléndida biografía. El bibliotecario del Museo Británico ha escrito la primera obra capaz de unir, en un solo haz, los "caminos" de Marcel... Desnuda y escueta, su figura enigmática se nos revela aquí contradictoriamente: frágil y fuerte; incipiente y abundante.

En honor a la verdad, Marcel Proust, el auténtico Proust no fue más que un desconocido —alguien no conocido a conciencia— hasta la biografía de Painter. Lo conocimos muchas veces, preso en un alambicado literario próximo al paroxismo de las identificaciones. Y, su vida descrita como enferma y excéntrica y, por ello, acariciada a la manera de los mitos de la crítica.

Por una parte, las solitarias incursiones de los compañeros de infortunio, como Gide, retelando los detalles y sonsacando destellos al moribundo; por otro, un frenesí, y el perfumado rocío de los Maurois y los Mauriac monologando y describiendo la trama con egoísmos.

El libro de Painter nos brinda la oportunidad de recabar realmente en Marcel. Y, de poder admirarlo en su honda hoquedad y soledad. Asimilado, pero huraño en el ambiente. Amado, pero amado hipócritamente. Porque es la vida que le ha correspondido vivir en su más extenso sentido: capaz de imaginarse la realidad, capaz de crearla a partir de su propia suficiencia.

Painter encontró que Marcel vivía su novela. Y no era esto ningún descubrimiento extraordinario. Sin embargo, fue así, pues lo quiso a la manera de alguien que no pudo entenderlo sino así; la vida plástica, escindida, como una cosecha desgranada de la existencia para ser puesta como filigrana en los bordes de

la irreverente época de la *decadence*. Pues, en Painter, el drama espiritual de Marcel se asume pacientemente, como una melodía eterna del tiempo... Sucede al pie de la letra lo que se relata. Y, paradójicamente, no se sabe qué es primero. "Sería absurdo —escribe Painter en el prólogo— que este apoyo en la realidad disminuyera la grandeza en la obra de Proust. Su obra constituye un ejemplo de la distinción formulada por Wordsworth entre fantasía e imaginación, es decir, entre el arte que inventa lo que jamás existió, y el arte que descubre el significado interno de lo que ya existe. Libres somos de considerar que la imaginación es superior a la fantasía, pero nunca podremos sostener que es inferior. Quizá Proust carezca de fantasía o se muestre indiferente a su atractivo, pero no cabe negar que es uno de los grandes maestros en el arte de la imaginación". Y es esta imaginación la descarga de la naturaleza a través de las inhibiciones humanas: del mismo modo a "como el pintor pinta su cuadro para desprender y perfeccionar un sentido del paisaje que solo era visible para sus ojos", Proust nos ofrece una realidad que únicamente su personalísima imaginación pudo haber descubierto.

La benevolencia de su soledad infinita le permitió darla simultáneamente asumida, diferenciada y elaborada por los mecanismos de una sufrida interioridad. Primero, como una ruptura radical con las circunstancias obligatorias de su mundo. Después, convertidas ya al trasfondo del exterior esbozado por sus gestos "estéticos". Y subordinada de tal suerte al devenir del ser y recuperada de lo eterno; incriminada como "tiempo pasado" en la esencia de las cosas.

Proust acomodó sus actos a la substancia y "en vez de que hubiera ido hacia los objetos, que hubiera tendido la mano para asirlos, los objetos volaron a su mano", perdiendo así, para siempre, su "coeficiente de adversidad".

Antes de recuperarse y de sentirse prisionero se perdió el tiempo. Regresó Marcel a la más lejana infancia para terminar finalmente con la muerte de su madre ciegamente amada. Así, pudo transitar a la madurez —a su vejez—, con una vuelta a lo mismo y como una inversión de aquel tiempo a lo eterno presente, devorado ya en las pertenencias de los montones de cosas curiosas, sin las cuales su existencia hubiera sido realmente imposible.

Painter concibe el arte de Proust como una afirmación y un enfrentamiento a la naturaleza social en lo concreto: los campaniles están bien puestos en sus torres precisas, a la manera de algo que constata la eternidad. Y las magdalenas son tan perennes dentro de su novela que a los personajes que las degustan solo les queda traer consigo a las historias perdidas en la inmensidad de la vida. Los objetos iluminan perpetuamente la reconditez mundana y descubren el misterio en cada instante de las complejas relaciones del alma. Con una evidente finez psicológica, las cosas se van cargando de la ironía epocal, como si al propio Marcel le correspondiera presenciar este espectáculo como único e irremediable testigo.

Para Proust, como para Balzac, también el arte es un camino de salvación: una salida inevitable que lo conduce a la muerte. Reabsorbido su mundo desde la pesadez de los perfumes y de las veleidades humanas enfermizas, acabado dentro de los encajes y las tapicerías y puesto a la presión de lo moribundo, de lo exótico y de lo apesadumbrado, se devuelve ese mundo a las palabras con los ímpetus aciagos de una juventud infinita: una voraz aventura de la niñez, incita en los efectos de una inmediatez mágica. Y todo eso, a punto de impresionar hasta la asfixia.

En el tiempo Proust anuncia el verdadero milagro del arte: los objetos y los hombres son monstruos (*Le Temps Retrouvé*) que resaltan la capacidad de lo Eterno, sin que por esto quepa aducir la no-existencia, la no-conciencia. Cada segundo, cada minuto de la atracción cósmica es un remanente que vuelve del pasado a ellos a fin de saciarlos, de agotarlos y de recompensarlos imaginariamente. Para Painter, el sentido estético de Proust es tan real como el de Balzac: la imaginación se empeña en el compromiso impaciente de obrar y de establecer la realidad. La falsa idea según la cual la realidad se resiste a los pliegues tendidos por lo imaginario, no tiene razón de ser en toda la extensión de "En Busca del Tiempo Perdido". Aquí el ser de las cosas atraviesa singularmente la subjetividad para ser aprehendido. El ser avanza sobre la razón y la quiebra, a fin de darle un espacio vital al sentimiento. La realidad se conoce después de ser abstraída, pues la "conciencia" no pasa de significar más que un *tertium datur* de la exposición.

Painter se refiere a las bases en las cuales Marcel podría ser rescatado de una posible crítica de la romántica; para evi-

tar que se le lleve con excesivo rigor ideológico, con demasiado celo de idealización y con inautenticidad, por caminos conceptuales de rígida puridad burguesa. El Proust que Painter exalta en la segunda fase de su existencia morbosa, aquel que escribe para huír de la vida, es un Proust cuya misión radica en destruir por medio de las diferencias constituyentes del tiempo, todo trazo de relación cotidiana.

Extraer su propio “yo viviente” para amarse, es la apoteosis proustiana. Marcel encuentra en él la temporalidad correspondiente a una época que exigió, para ser, la divinización en grado sumo de la individualidad. “La vida es, ante todo, mi vida” dijérase que exclamó siempre Marcel. Por esa misma idea, Lunascharski, en medio de unas consideraciones breves sobre Proust al final de sus días, predijo la vida social objetiva como la vida de un mundo “embrollado” con muchas de “mis vidas”... Y, a la existencia como a un inmenso tapiz cuya trama se cruzaba de vidas individuales, conexionadas e integradas por la “esencia de una sinfonía eterna y acabada”.

Proust arraigó un mundo menoscabado por lo material mismo, a fin de brindarse aturdido, atormentado por la pasión espiritual. Todos los personajes se unifican en el “drama viviente”, se pierden y se rescatan en la personalidad. Así los presume esta literatura que, a pesar de su pedibundez corporal, deja una cabal expresión de cuerpos realizados e independientes, hechos, como si fueran hechos especialmente para una matineé de la vida social. En Painter, la obra de Marcel es auténtica realidad de existencias delimitadas por el tiempo y desarraigadas de la carne de una monotonía de las costumbres mortecinas; desgarradas y divisadas por una “suerte” de historia.

Los conflictos propios de su hora los vivió Marcel en las poquísimas caras de sus personajes cercanos, germinados cada uno con “su problema”, con “su vivencia”, con “su carga personalísima” de angustia. Y, en la entretela de una naturaleza así, describió una nervadura sutil por donde corrieron las impasibles furias del sufrimiento.

La importancia de Proust afincó asidero en el hecho por el cual —si bien no vinculado a prevenciones políticas e ideológicas de clase y no obstante haber sentido la nostalgia de los valores ocultos de la trashumancia burguesa— “contempló con

ojos incorruptibles una antinomia manifiesta, la controló y la describió". Proust sintió que bien podía acariciarse en las ruinas de la sociedad aristocrática y por lo tanto dedicó sus últimos años a recobrar en la intimidad a esa infancia sagrada; su infancia plena de objetos mimados y aproximada fatalmente a los humos de una espiritualidad que se iba.

El tiempo perdido, devuelto a su voluntad presente bajo pretextos ínfimos, tales como el tintineo de la cucharilla con el escudillo, o los torreones distantes o el aroma del té y de la magdalena, ocasionó en Proust los rasgos imborrables de toda una época. Los objetos devinieron a Proust a los rincones más sofisticados y ocultos en donde se aposentaba su alma: en los hoteles mortecinos y vacíos; en las casonas de gentes gesticulantes; o detrás de los escombros de las fuentejillas o bajo los recodos de Sodoma y Gomorra que habitaban los nobles entre los permanentes dardos de la charlatanería. Y a ellos siempre iba Proust a periclitar en la instancia de una desolación interminable: homosexualismo, vanidad, escasez económica, clasismo, guerra, chantaje político y enfermedades vergonzosas. Como Balzac, que cantó interminablemente la alegría del hundimiento de la aristocracia francesa, Marcel también hizo de sus palabras un larguísimo y triste himno de responso a las lamentaciones de la última hora. Tuvo de fondo su individual pesadumbre. Y no recurrió a la riqueza de un cantar sino a un salmo más bien mitigado pero enfático con respecto a la agonía de su tiempo.

La realidad resultó una contradicción alterna de su procelar imaginario. Lo salvaron los momentos cruciales y su determinación irrevocable por el tiempo de la muerte. Una simbólica reconstrucción que proyectaba desde lo eterno le mostró una infinidad de detalles. Y, así, pudo superar el modelismo literario de los primeros años, cuando en *Contre Sainte-Beuve* negó la personalidad que vivía del interior para "no conocer la vida real encuadrada en el tiempo".

El arte en Proust cedió el lugar a una solidaridad intuída para sí. Los pequeños detalles y las circunstancias amasaron en intensidad a las palabras. Comenzó a aparecer, por entonces, en las editoriales, esas bellas páginas dedicadas a recusar la existencia deleitable. Así, siempre Marcel parecerá estar en "un lugar insólito del mundo real, situado en lo más profundo de sí mismo, abierto a una belleza real y eterna, que duele y vulnera

como la muerte". No hay allí cesación temporal: en cada uno de sus movimientos, la conciencia en lugar de sumirse en la cosa, retrocede al recuerdo de la cosa. Es un temor de ir más allá. Una espera que saborea en el pasado para no abandonarse definitivamente al presente. Y una idea perenne que jamás traspasará el umbral de la negritud. Los objetos y las impresiones de Proust no se evaporan en el pasado sino que se recobran. Vuelven a la belleza iluminada del origen, integrados al *factum*, recibidos por el tiempo. El pasado y el presente, el paisaje de ayer y el de hoy, la vieja elación y la de ahora, reúnen e incineran a Marcel en cada instante. En la cosa se rehace ella misma. En la impresión vuelve el tiempo, pues arribar más allá de aquello que en realidad observa el hombre, es ligarse; y, es permanecer, para poder salir a ver a distancia al "yo" que lo empuja para atraerlo siempre.